

APROXIMACIONES A LA MIGRACIÓN INMÓVIL EN EL CONTEXTO DE LA DIÁSPORA Y LA CRISIS VENEZOLANA

MANUEL D'HERS DEL POZO

Doctorando en Antropología y Comunicación

Universitat Rovira i Virgili

mvdhersdelpozo@gmail.com · <https://orcid.org/0000-0002-5812-2612>

RESUMEN. En la actualidad, Venezuela atraviesa una de las crisis más delicadas en su historia moderna y ésta se traduce en más de cinco millones de migrantes y refugiados. Partiendo de este escenario, esta investigación¹ busca aproximarse al estudio de la diáspora venezolana, pero desde la mirada y perspectiva de quien permanece en su lugar de origen, de donde nace el concepto de «migración inmóvil». Para ello hemos decidido realizar un trabajo exploratorio, a través de ocho entrevistas en profundidad a personas que permanecen en Venezuela y que, sin embargo, se sienten migrantes a consecuencia de los cambios acontecidos en su entorno. En este sentido, el presente artículo busca describir cuáles son los principales cambios que experimentan los migrantes inmóviles, así como también indagar de qué manera se transforman las relaciones que los migrantes inmóviles establecen con su entorno físico (la ciudad, el espacio público) y social (familiar, comunitario). Y, finalmente, identifica cuáles

¹ Esta investigación se presentó como Trabajo Final del Máster en Antropología Urbana, Migraciones e Intervención Social de la URV, cuya tutora fue la Dra. Montserrat Soronellas.

son las iniciativas de adaptación y de resistencia que la migración inmóvil lleva a cabo en su lucha por subsistir.

PALABRAS CLAVE: migración inmóvil; migraciones transnacionales; antropología del futuro; producción social del espacio.

APPROACHES TO IMMOBILE MIGRATION IN THE CONTEXT OF THE VENEZUELAN DIASPORA AND VENEZUELAN CRISIS

ABSTRACT. Venezuela is going through one of the most delicate crises in its modern history, which has resulted in more than 5 million migrants and refugees. In light of this, this research looks at the Venezuelan diaspora but from the perspective of those who remain in their place of origin, a group who are referred to as “immobile migrants”. We have conducted an exploratory analyses, through 8 in-depth interviews with people who have remained in Venezuela but who feel like migrants as a result of the changes that have occurred in their surroundings. the present article seeks to describe the main changes experienced by immobile migrants and to investigate how the relationships between immobile migrants and their physical (the city, public space) and social environment (family, community) have changed. Finally, it identifies the strategies of adaptation and resistance adopted by immobile migrants in their struggle to survive.

KEYWORDS: immobile migration; transnational migrations; anthropology of the future; production of space.

Introducción

Si para el año 2015 la cifra de personas que habían abandonado Venezuela alcanzaba las 655.400 (ACNUR, 2019), para 2020 el número de migrantes y refugiados venezolanos se medía en 5.490.265², para ser exactos. Este fenómeno migratorio, por su magnitud y agresividad, representa un hecho inédito en la historia del continente, lo cual ha supuesto grandes retos para los países vecinos que han sido receptores de la mayor cantidad de venezolanos³, desbordando significativamente las capacidades de acogida de estos países.

Ante este escenario, es común ver notas de prensa y coberturas periodísticas sobre los migrantes y refugiados que andando cruzan las fronteras hacia Colombia y Brasil, que en balsas intentan llegar hasta Aruba, Curazao o Trinidad y Tobago. Son variadas las anécdotas y crónicas publicadas para registrar el desafío que supone llegar a nuevos destinos, cargados de conflictos socioculturales, dificultades legales, pero también de consolidación de anhelos y metas. No obstante, otra manera de entender la diáspora venezolana es aproximándonos a la contraparte de esos más de cinco millones de migrantes y refugiados que representan el 17% de la población total del país, quienes son padres, madres, hermanos, amigos, parejas, compañeros de trabajo y conocidos de quienes han emigrado, pero que, a su vez, son personas que deberán enfrentar una serie de cambios en sus cotidianidades, puesto que no solo deben asumir la ausencia física (y todo lo que ello supone desde el punto de vista emocional y material) de quienes se han desplazado a otros destinos, sino que también deben enfrentar aquellos aspectos de la vida cotidiana que motivaron y/o obligaron a sus conocidos a marcharse del territorio.

Así pues, nuestra investigación concentra sus esfuerzos en reflexionar sobre las experiencias y ópticas de quienes permanecen en el lugar de origen en el contexto de los flujos migratorios y de la crisis venezolana actual, partiendo de la observación previa de que, así como quien se moviliza hacia otros destinos sufre complejos procesos de desterritorializa-

² Cifra actualizada mensualmente por la Plataforma de Coordinación de Refugiados y Migrantes de Venezuela (R4V).

³ El país con mayor cantidad de migrantes y refugiados venezolanos es Colombia, con 1.764.883; le sigue Perú, con 1.043.460, y luego Chile, con 455.494. Datos extraídos de R4V.

ción, quien permanece también se enfrenta a considerables transformaciones. Por tanto, basándonos en las aportaciones de las (in)movilidades (Hannam, Sheller y Urry, 2006; Glick Schiller y Salazar, 2013; Mata-Codesal, 2016), hemos querido proponer una categoría analítica a la cual hemos denominado «migración inmóvil». Es decir, nuestro objetivo principal es aproximarnos al estudio de la diáspora venezolana, tomando como referencia etnográfica la mirada de los informantes que no se han movido de su lugar de origen y que, sin embargo, se sienten migrantes a consecuencia de los cambios acontecidos en su entorno. Simultáneamente describiremos cuáles son los principales cambios que experimentan los migrantes inmóviles, y, así, al analizar cómo afectan las construcciones sociales de sus realidades, indagaremos de qué manera se transforman las relaciones que los migrantes inmóviles establecen con su entorno físico (la ciudad, el espacio público) y social (familiar, comunitario). Finalmente, identificamos cuáles son las iniciativas de adaptación y de resistencia que la migración inmóvil lleva a cabo en su lucha por subsistir.

2. Reflexiones teóricas sobre la migración inmóvil

La perspectiva transnacional nos permite tomar distancia con el concepto clásico de la migración definido como la «acción» de desplazamiento de una delimitación geográfica a otra, durante un tiempo considerable (Blanco, 2000). Por el contrario, el concepto de lo transnacional hace referencia a «procesos y prácticas económicas, sociales y políticas que están vinculados a, y configurados por, la lógica de más de un Estado-nación que se caracterizan por el cruce constante de sus fronteras» (Suárez, 2008: 55). Este cruce de fronteras no necesariamente tiene que ser físico ni necesariamente tiene que ser protagonizado por las personas que llevan a cabo el acto de desplazarse, por tanto, puede ser un cruce de fronteras de información, imágenes, remesas, cuidados, de manera multidireccional, entre los lugares donde se encuentran las redes sociales de las personas involucradas. Desde esta perspectiva, la migración no solo involucra al sujeto, la familia o comunidad que se mueve, sino que también involucra a aquellos actores vinculados de manera directa o indirectamente en los lugares de origen (Sassone, 2015).

Dicho esto, la transnacionalidad nos permite reconocer que es un acontecimiento que transcurre perennemente, y se admite que las migraciones rara vez están dadas por motivaciones individuales, sino que, por el contrario, suelen ser proyectos colectivos de tipo familiar, comunitario o de paisanaje, quienes también son parte del proyecto migratorio, lo cual indica que hay un reconocimiento del lugar de origen fundamental que debemos destacar.

No obstante, y a pesar de lo expuesto, consideramos que la producción académica le ha dado un particular y especial protagonismo al viajero, formulando de esta manera una lógica y un orden naturalizado en los estudios migratorios donde el protagonista de la migración es el que se desplaza físicamente (movilicentralidad). Del mismo modo, también existe un interés desproporcionado por las perspectivas que trabajan exclusivamente en el lugar de llegada (destinocentrismo). En este orden de ideas, la perspectiva transnacional invita al investigador a mirar con curiosidad al terruño, no obstante, a pesar de que metodológicamente haya un interés dialógico (entre el lugar de origen y lugar de destino), no lo es, a su vez, epistemológico.

Si tenemos en cuenta determinadas reflexiones de las ciencias sociales sobre los conceptos de «espacio» y «territorio», estos nos pueden ayudar a identificar las migraciones como procesos que van más allá de la sugerencia literal y aportan una perspectiva crítica sobre la migración como categoría analítica que bien puede reflejar contextos y experiencias de aquellos que no se han movido, sino que, por el contrario, permanecen. Henri Lefebvre (2013) interpreta el espacio como una «producción social», lo que invita a pensar que es el resultado de un conjunto de prácticas, relaciones y experiencias sociales. En sintonía con Lefebvre, José Luis García (1976) define que el territorio está determinado por unas prácticas sociales ritualizadas, cíclicas, repetitivas, que determinan ciertos códigos compartidos en una unidad social, de manera que el territorio no está definido como la entidad física adscrita a un grupo, sino que es la conformación de un conjunto de relaciones que construyen un referente sociocultural. Por extensión, la desterritorialización con la que se interpretan y reconocen parte de las experiencias migratorias no puede

ser asumida estrictamente como aquel proceso que únicamente enfrenta el actor que físicamente se desplaza y deja atrás al terruño (como propone el moviencentrismo), sino que también puede ser enfrentada por aquel que permanece en el lugar de origen y experimenta una desarticulación en sus relaciones sociales, códigos, referentes socioculturales y sus rituales cotidianos, producto de los flujos migratorios de quienes le rodean y, en consecuencia, una ruptura con el espacio y el territorio socialmente producido.

Valorando dichos antecedentes hemos podido formular una reflexión teórica sobre la migración inmóvil, la cual definimos como el contexto en que se encuentra inmersa la población que permanece en sus lugares de origen y que se ve directa o indirectamente afectada por (a) la diáspora, en tanto que su tejido social, o parte de este, ha emprendido un proyecto migratorio o ha sido desplazado en condición de refugiados, así pues, personas que tienen familiares y amistades cercanas o lejanas, compañeros de trabajo, vecinos, conocidos/as, etc. que se marchan del territorio, sufren una transformación en la construcción social de su realidad; pero también es necesario tener en cuenta, como aspecto que se interrelaciona con el anterior y que es de gran relevancia en la propuesta de la migración inmóvil, (b) que todos y cada uno de los elementos que obligan y/o motivan a la migración móvil a desplazarse son factores que viven y enfrentan quienes permanecen en el lugar de origen. Esto quiere decir que los tiempos políticos, económicos, sociales y culturales permutan de manera más acelerada que las capacidades que tiene la sociedad de origen para comprenderlos, asimilarlos y adaptarse a ellos, siendo un panorama que impacta y transforma los mundos sociales, las formas de ser y pertenecer, las tradiciones, las cotidianidades, las relaciones sociales y las relaciones con el entorno físico, entre otros aspectos.

Ahora bien, destacamos la «diáspora» como uno de los importantes motivos que dan lugar a la migración inmóvil y cuyo concepto es definido como «la dispersión de un grupo de personas —con un origen territorial común— en virtud de un hecho masivo y traumático» (Merenson, 2015: 212). En este sentido, la diáspora es una manera de describir un flujo masivo de migrantes que resulta relevante no solo por el punto de vista cuan-

titativo, sino por el cualitativo, es decir, por las semejanzas de las razones y motivos que los llevaron a movilizarse a otros territorios, lo que tiene una connotación social, cultural y política que influye en sus procesos y sus prácticas. Por tanto, «explorar procesos de diáspora implica entonces asumir un punto de vista centrado en una serie de lenguajes que permiten la producción y reproducción de un grupo que se autopercebe y es percibido como una comunidad» (*ibid.*: 213). De manera que, si los motivos son colectivos para el que se moviliza, son también colectivas las condiciones experimentadas por quien permanece. Es por esta razón que hablamos de la migración inmóvil como un contexto, en tanto que es el resultado narrativo de una experiencia colectiva.

No obstante, si bien es cierto que parte sustancial de los cambios en las sociedades emisoras y de acogida no tendrían lugar si ciertos sujetos no hubiesen viajado, también resulta necesario destacar dos factores determinantes que en ocasiones ignoramos: (a) que difícilmente los proyectos migratorios son planificados individualmente, por lo que involucran a un colectivo que permanecerá en el lugar de origen, lo que obliga a destacar la importancia del siguiente punto, (b) las condiciones materiales e inmateriales que obligan y/o motivan la migración afectan al que se marcha, pero aun en mayor medida comprometen al que se queda, puesto que es este quien sigue afrontando las condiciones de vida, incluso aún cuando las remesas ayudan —o no— a contrarrestar las dificultades.

3. Algunas consideraciones metodológicas

Como hemos indicado anteriormente, esta ha sido una investigación de corte cualitativo, con finalidad exploratoria. La principal herramienta sobre la cual nos apoyamos fueron las entrevistas en profundidad, compuestas de preguntas abiertas, dirigidas a nuestros cinco informantes clave, seleccionados con base en las siguientes características: residir en Venezuela en el momento del contacto y que tuvieran familiares, amistades o parejas fuera del territorio. Los presentamos en la siguiente tabla:

Tabla 1. Informantes.

N.º de entrevista	Pseudónimo	Código de entrevista	Lugar de residencia	Edad	Fecha de entrevista
1	Carmen	Carmen, 2018-1	Caracas	57	27-12-2018
2		Carmen, 2020-2			1-1-2020
3	Mario	Mario, 2018-1	Caracas	27	29-12-2018
4		Mario, 2020-2			12-1-2020
5	Andreina	Andreina, 2020-1	Caracas	24	2-1-2020
6	Verónica	Verónica, 2018-1	Caracas	25	28-12-2018
7		Verónica, 2020-2			13-1-2020
8	Ignacio	Ignacio, 2020-1	San Cristóbal	27	15-1-2020

Como podemos ver, entrevistamos a tres personas con quienes volvimos establecer contacto un año después. Esto nos permitió obtener una perspectiva diacrónica sobre cómo el migrante inmóvil experimenta los cambios en los contextos de crisis y una diáspora ascendente de su entorno social (Caïs *et alii*, 2014). Y, finalmente, estos tres informantes iniciales nos proporcionaron contactos con otros migrantes inmóviles, para sumar un total de ocho entrevistas en profundidad realizadas a través de videollamadas de WhatsApp, Facebook y Skype o llamadas a sus números fijos. Ello dependió del acceso a internet o de la calidad del servicio de internet que cada informante presentó en el momento del contacto.

Por otro lado, debido a la lejanía física que el investigador presenta con respecto al referente empírico (territorio venezolano), se acudió a migrantes inmóviles previamente conocidos o referenciados por conocidos, motivo por el cual dichos perfiles no son tan heterogéneos como nos hubiese gustado, ya que todos viven en Caracas excepto Ignacio. En consecuencia, la mayoría de observaciones, análisis y conclusiones de este trabajo son reflejo de una realidad que responde a las condiciones materiales de la capital venezolana.

4. Presentes extraños: (in)movilidades y contingencias amenazadoras

Como bien acabamos de indicar, la migración inmóvil está atravesada por dos factores fundamentales: la diáspora y los tiempos de crisis. Y tomando esto en cuenta, evaluaremos cómo se traslada a los datos etnográficos facilitados por nuestros entrevistados, para así reflexionar cómo la migración inmóvil está determinada por las experiencias concretas de cada informante, al mismo tiempo en que debe ser entendido como un contexto y una narrativa colectiva.

Advertimos, pues, de que, de nuestros cinco informantes, solo uno se ha enfrentado al hecho de que miembros de su familia nuclear hayan emigrado. De hecho, el caso de Carmen es paradigmático para explicar las (in)movilidades, puesto que, de los ocho miembros de su círculo familiar, ella es la única que permanece en Venezuela. Su padre, su madre, sus dos hermanos, sus sobrinos y su hijo se han marchado del país. En el relato y descripción de su condición reconoce que su subsistencia depende de las remesas que su hijo le envía desde el exterior y que, sin la migración de este a España, le resultaría imposible mantener residencia en su lugar de origen. No obstante, junto con lo que ella describe como una inmovilidad voluntaria, señalando su permanencia en Venezuela como parte de una decisión meditada, existe otra dimensión clave relacionada con una serie de responsabilidades que la obligan a permanecer.

Debido a que todos los miembros de su familia viven en el exterior, es ella quien debe encargarse de los trámites burocráticos relacionados con documentos legales, ventas de inmuebles y demás recados que el resto de sus consanguíneos —por la lejanía física— no pueden asumir. Este tipo de observaciones han sido reconocidas por Diana Mata-Codesal (2016) cuando afirma que la existencia misma de la remesa es evidencia de la relación dialógica de los proyectos migratorios transnacionales: quien se marcha, a través del soporte económico, contribuye a la permanencia de otros, al mismo tiempo que quien permanece también contribuye a la movilización de quien se ha marchado.

Esto señala la interdependencia de permanecer y desplazarse como factores determinantes del proyecto migratorio colectivo, donde las in-

movilidades, ya sean voluntarias o involuntarias, tienen asociados una serie de compromisos que inevitablemente debilitan las capacidades de agencia, puesto que aquellas responsabilidades asociadas al rol que el migrante (in)móvil desempeña se consideran determinantes para la subsistencia del proyecto colectivo. En este punto es fundamental resaltar las diferencias de estos compromisos desde una perspectiva de género, que hacen visibles las experiencias de la migración inmóvil radicalmente diferentes, puesto que no solo constituye una determinante en el proyecto migratorio al influir en la decisión sobre cuándo, cómo, quién y a dónde moverse debido a las muy diversas responsabilidades asociadas al hecho de ser mujer (Mora, 2008), sino que también es una determinante en la decisión sobre cuándo, cómo, quién y bajo qué condiciones permanecer, en cuanto a los trabajos productivos y reproductivos que socialmente la mujer tiene la obligación de atender en el lugar de origen.

Ahora bien, es fundamental aclarar que la condición merecedora de migración inmóvil no está únicamente determinada por la inmovilidad de las personas frente a la familia transnacional, sino que también entran en juego otras redes de relaciones transnacionales que consideramos que tienen un peso destacado en la construcción social de la realidad de nuestros informantes. Como ya indicamos, de los cinco informantes, solo Carmen se encuentra afectada a nivel familiar por la diáspora, ya que el resto tiene a su núcleo familiar viviendo bajo el mismo techo o al menos en la misma ciudad. Por lo tanto, no podemos reducir la condición de migración inmóvil a las relaciones de parentesco, puesto que las redes sociales de nuestros informantes son mucho más amplias y, aunque en muchas ocasiones no son centrales en la explicación de las (in)movilidades, sí son relevantes desde el punto de vista de los informantes frente a los duelos a los que están sometidos. Así, si bien son cinco informantes que conviven con su familia nuclear, todos han declarado sentirse solos y aislados ante la emigración de la gran mayoría de sus amistades más próximas y entrañables, como también de sus miembros de familia extendida, vecinos, conocidos y compañeros de trabajo. Dicho esto, todos han llevado a cabo variadas estrategias para reemplazar la ausencia de quienes se han ido, no sin antes enfrentarse al reto continuo de conocer

nuevas personas, bajo el inminente riesgo de que estas eventualmente emigren, obligando a nuestros informantes a una reformulación incesante de su migración inmóvil.

Estos ejemplos nos ayudan a comprender que, a pesar de las particularidades en cómo se puede experimentar la migración inmóvil, esta debe ser entendida como un proceso y una narrativa colectiva, donde, así como existe un colectivo de connacionales en la diáspora cuyo discurso nos habla de una nostalgia frente al terruño, también se da el caso de colectivos en el lugar de origen que también desarrollan una narrativa frente al duelo de haber sido despojados de sus redes sociales, pero, sobre todo, por compartir un contexto marcado por los tiempos de crisis, incognoscibles para quien no lo padece, sobre lo cual queremos detenernos ahora.

Partimos, pues, de la observación etnográfica para afirmar que no hay aspecto de la vida cotidiana de nuestros informantes que no esté atravesado por la crisis compleja y multifactorial que atraviesa Venezuela. A las consecuencias de la crisis las llamaremos «contingencias amenazadoras», término tomado del autor Sergio Visacovsky (2019), para referirse a aquellos cambios convulsos, radicales y continuos, los cuales se deberán afrontar para garantizar la continuidad de la vida en contextos de profunda inestabilidad económica, social y política.

Una de las principales causas de las contingencias amenazadoras en Venezuela es la hiperinflación, cuyas cifras alcanzaron para el año 2018 el 1.698.488,2% (VOA Noticias, 2019), siendo uno de los valores inflacionarios más altos de la historia. Este indicador económico ha tenido múltiples consecuencias en la vida de los entrevistados. Nuestros informantes nos indican que para subsistir en estas condiciones económicas, o bien se debe contar con familiares en el exterior que continuamente envíen remesas, o bien se deben conseguir trabajos (formales e informales) cuya paga sea en alguna divisa que permita sortear los retos de la devaluación cotidiana de la moneda nacional. Independientemente del origen de los ingresos con los que los informantes subsistan, las dinámicas para dar valor de cambio a sus ingresos son las mismas, en tanto que las estrategias de subsistencia de nuestros informantes son similares.

La preparación logística previa en función de abastecerse de alimentos o de otros productos y servicios es determinante. Solo una planificación minuciosa permitirá saber qué lugares ofrecen los precios más económicos y qué compras resultarán las más estratégicas según sus necesidades del momento, lo cual es posible si se invierte tiempo elaborando rutas para explorar la ciudad, ver qué productos consiguen y adquirirlos para aprovechar la oportunidad. Los informantes utilizan esta estrategia para acceder a bienes de consumo excepcionales, como el recambio de una pieza para el coche, o para comprar productos tan cotidianos como una barra de pan, un kilo de harina de trigo, huevos o medicinas. En este contexto, el aprovisionamiento es una tarea de todos los días, sin excepción, y requiere de una logística compleja y funcional que implica contar con un capital social solidario consistente en compartir información sobre lugares con buenos precios e indicando los productos disponibles en ellos según el día y la hora. Esta logística debe contemplar también un factor esencial de la planificación: el tiempo. Invertir tiempo para abastecerse de elementos básicos para la subsistencia supone dejar a un lado otras actividades productivas, de ocio e incluso de descanso.

Debido a esta condición hiperinflacionaria, las dietas de los informantes han cambiado radicalmente, puesto que lo que se consuma dependerá de lo que se encuentre, así como también los alimentos serán elegidos no en función de sus gustos, sino de sacar el máximo provecho de sus capacidades nutricionales en relación con su costo. Por ello, las cotidianidades giran alrededor de pensar y repensar estrategias de cocción, aprovechamiento, cálculos matemáticos sobre componentes nutricionales de cada ingrediente y cómo puede dilatar sus efectos en el estómago. No obstante, esta ininterrumpida planificación puede verse afectada por otras contingencias amenazadoras, tales como la ausencia de servicios (luz, agua, gas, etc.), condición esencial para entender la vida en Venezuela. Los cortes de servicio eléctrico son hechos cotidianos⁴ y producen grandes ansiedades

4 Los planes de racionamiento impuestos por el Estado implican que 18 millones de venezolanos estén sujetos a recortes de 3 a 10 horas en promedio de energía eléctrica al día (Carpio, 2019). Asimismo, no podemos olvidar mencionar los «apagones nacionales», como el de 7 de marzo de 2019, donde el Sistema Eléctrico Nacional colapsó, dejando sin suministro al país de manera ininterrumpida durante cinco días en algunas regiones, y alcanzando las dos semanas en otras.

frente a la duración de estos, ya que pueden alcanzar varios días continuos e incluso semanas, motivo por el cual la refrigeración y conservación de alimentos corre peligro, lo que significa que los intentos de anticiparse a su potencial amenaza pueden hacer aún más dramáticas las contingencias. De tal manera que la planificación a la que los migrantes inmóviles ponen tanto énfasis es una planificación estrictamente cortoplacista, continuada en el día a día y condicionada por la ansiedad que supone el riesgo de anticiparse a su potencial vulnerabilidad.

Pero la electricidad no es el único servicio que se suma a los fuertes regímenes de austeridad. El agua corriente⁵ es otro servicio cuya ausencia supone un dramático interruptor de las cotidianidades. Los entrevistados comentan haber establecido reglas: los ahorros han sido invertidos en comprar tanques para almacenar agua dentro de los pisos; solo se baja la cisterna del inodoro si es estrictamente necesario; por no tener corriente de agua, hay que bañarse con cubetas, y, finalmente, cuando llega el agua, todos los miembros del hogar dejan sus actividades para asumir las labores que ayudarán a garantizar el suministro durante el tiempo que vuelva a durar su ausencia. Sin embargo, estas narraciones siguen siendo la ilustración de unas circunstancias privilegiadas de aquellos interlocutores que nos hablan desde la capital del país, puesto que quienes viven en otras ciudades y pueblos de Venezuela se enfrentan a situaciones de mayor vulnerabilidad, ya que pueden estar semanas o meses sin electricidad ni agua. Algunos denuncian pasar meses sin tener servicio de gas, ni siquiera a través de bombonas, y deben encender fogones en el patio de sus casas para poder cocinar, tal como indica Verónica (2020-2) que deben hacer sus abuelos, quienes viven en el occidente del país. Otros comentan haber dejado de tener servicio de telefonía fija, ya que robaron el cableado de la calle, o que las colas para obtener gasolina pueden durar días a menos que se cuente con capital suficiente para sobornar al funcionario de turno.

Las nociones de «trabajo asalariado» se han transformado bajo esta realidad. Algunos informantes, quienes mantienen sus antiguos puestos

⁵ Fueron solo 48 horas de agua corriente a la semana lo que la población venezolana recibió en promedio entre 2016 y 2017 según los planes de racionamiento del Ministerio del Poder Popular para Ecosocialismo y Agua (Rojas y Salomón, 2019).

de trabajo y no han optado por «resolver» con otros medios de ingresos con los cuales puedan acceder a dólares u otras monedas para subsistir, comentan que sus empleos se han convertido en protocolos ficticios. En primer lugar, porque el sueldo correspondido no garantiza la subsistencia de sus beneficiarios y es un secreto a voces que todos tienen que buscar otras alternativas no formales para obtener otros ingresos. Y, en segundo lugar, porque las condiciones a las que sus vidas están sometidas impiden el correcto funcionamiento de sus labores. Por ejemplo: es difícil exigir horarios de trabajos estrictos cuando la movilidad supone un gran problema al no haber gasolina (o largas colas que duran días para acceder a ella), o que la flota de autobuses urbanos se haya disminuido radicalmente por falta de recambios o por el alto coste de estos, o que las fallas eléctricas afecten el funcionamiento del transporte subterráneo. Por otro lado, labores esenciales que damos por supuestas en tiempos de «normalidad», como lavar ropa, lavar platos, cocinar, limpiar, leer, trabajar o transportarse, resultan tareas significativamente complicadas tanto en su realización como en su planificación, dado que las rutinas diarias quedan desestructuradas.

En este sentido, la ausencia de «normalidad», más allá de lo que esto pueda significar para cada ser humano y su lugar en el mundo, no es simplemente una referencia a «las comodidades materiales y a las satisfacciones que se poseen, sino el sentido legítimo de las expectativas que vienen con ellas» (Ferguson, en Bryant, 2019b: 72), de tal manera que la normalidad en su sentido normativo y simbólico nos refiere también a la construcción social de una realidad que deben resignificar en detrimento del futuro y de la continuidad de la vida. En este orden de ideas, las contingencias y su carácter azaroso se presentan en la vida de los migrantes móviles como acontecimientos repetitivos. Este escenario lleva a los informantes a hablar de sus condiciones de vida como críticas, o como tiempos «extraños» en los que les resulta imposible reconocer la magnitud de los acontecimientos que viven, puesto que la velocidad y continuidad de las calamidades resultan tan repetitivas que sus capacidades de adaptación a los cambios de sus entornos son cada vez más limitadas, tal como nuestra informante indica a continuación:

El país que dejó mi hijo hace cinco meses ya no tiene nada ver. Ahora se lo tengo que describir porque él ya no entiende nada; porque estamos cambiando a una velocidad tremenda, porque es como una locomotora que nos está pasando por encima. ¿Qué voy a extrañar? Pues el mes pasado, porque esto ya cambió completamente: todo va muy rápido. Extraño el mes pasado, el antepasado (Carmen, 2018-1).

Esto quiere decir que, cuando las acciones para anteponerse al futuro como mecanismo que «sirve para aliviar la ansiedad y la incertidumbre, que normaliza el presente en la imaginación especulativa del futuro» (Bryant, 2019a: 43) son reducidas o suprimidas por las contingencias, la percepción del futuro de nuestros informantes queda anulada y la construcción social de sus realidades es invadida por la incertidumbre, la extrañeza y la inseguridad. Dicho escenario contribuye a que los migrantes inmóviles reconozcan la ruptura de su normalidad, tomando conciencia de la incertidumbre del presente, que en ocasiones puede interpretarse como una temporalidad «extraña» o «no familiar».

5. Procesos de desterritorialización en la migración inmóvil

Las reflexiones que a continuación queremos exponer se encuentran estrechamente vinculadas a las anteriores, ya que si antes discutimos sobre los impactos que las contingencias amenazadoras tuvieron en la construcción social de la realidad de nuestros informantes, ahora haremos lo mismo con respecto a los impactos percibidos en la producción social del espacio, señalando las transformaciones que sufren las relaciones construidas por el migrante inmóvil con su entorno, tanto físico (espacio público, ciudad) como social (comunitario, familiar, de amistades).

Los entrevistados, en este sentido, nos comentan que, al irse la gran mayoría de las personas con las que hacían vida social, concluyen que dicha realidad implica una ruptura con los lugares que frecuentaban y las actividades que solían realizar de manera cíclica como parte de sus dinámicas sociales. La consecuencia fue que aquel espacio frecuentado y convertido en territorio humano (García, 1976) sufriera una ruptura, puesto que los lugares y las formas específicas de interacción se disolvieron con

la partida de las personas que formaban parte de sus círculos sociales. Así pues, las prácticas ritualizadas que dotaban de sentido a sus lugares de origen y donde aún residen quedaron sin algunos de sus referentes socioculturales, lo que ha supuesto un cese en los usos y apropiaciones de los espacios antiguamente frecuentados.

Este cambio de dinámicas simultáneamente ha supuesto una mayor permanencia en los espacios domésticos y una clara evitación de habitar los espacios públicos, a los cuales solo se acude por necesidad, para llevar a cabo tareas de aprovisionamiento y laborales (para quienes no trabajan desde casa), y, por ende, reduciendo al mínimo las salidas por ocio. En este sentido, nuestros informantes justifican este fenómeno como un acto de autoprotección. Salir a la calle, entonces, es reconocido como un sinónimo de exponerse al inminente riesgo que representan las contingencias amenazadoras y sus expresiones en el espacio público, puesto que no pueden ejercer control alguno sobre lo que allí acontece y sobre cómo esto puede afectarles en su día a día. Nos referimos, por ejemplo, a no saber si se va a ir la luz y los semáforos dejarán de funcionar, tener alguna avería con el coche por caer en algún hueco y quedar desprotegido, no tener dinero para salir a tomar un café cuyo precio haya aumentado drásticamente, o no conseguir efectivo en los cajeros para pagar el pasaje del autobús o pagar la gasolina, en caso de que la encuentren. Todos ellos resultan escenarios «evitables» si las personas se mantienen en casa. Evidentemente, esto se encuentra estrechamente relacionado con las condiciones de vida que el migrante inmóvil enfrenta diariamente, en tanto que la satisfacción de necesidades ya representa en sí misma un reto. La renuncia a tener actividades de esparcimiento es más una consecuencia no negociable que una voluntad, y afecta con mayor intensidad a las mujeres, sobre quienes suelen recaer dichas responsabilidades y trabajos de cuidados. Así pues, este panorama donde la evitación del espacio público no es negociable debe ser entendido como el resultado determinado por los tiempos de crisis.

Sin embargo, la oportunidad de realizar entrevistas en 2018 y luego en 2020 nos ha permitido comprender mejor la manera en que la migración inmóvil construye relaciones con su entorno, puesto que la perspectiva

inicial de los informantes al asumir la reclusión dentro de los límites del espacio privado como una obligación cambia para la segunda oportunidad en que fueron entrevistados, expresando su rechazo al espacio público como una «elección personal». No obstante, en el marco de esta investigación entendemos estos cambios de percepción del entorno como una expresión de la normalización de las contingencias amenazadoras, entendiendo que este fenómeno también tiene una vinculación con la espacialidad y la proxemia, que de manera directa invisibiliza la pérdida de agencia y la capacidad de los migrantes inmóviles de ocupar y transformar los espacios centrales de la ciudad y que, finalmente, deriva en una reacción política expresada en la reclusión en el hogar, cuya adaptación hacia dicho panorama ha normalizado el paisaje de contingencias amenazadoras y ha llevado a la población a interpretar de manera diferente el acontecer de sus vidas y sus futuros. En consecuencia, se han dado nuevos usos al espacio público y nuevas actitudes frente a la ciudad, en los cuales subyace la aceptación y la normalización de la desposesión del derecho a la ciudad.

Por otro lado, los informantes, en el momento de concedernos entrevistas, hicieron un especial esfuerzo por detallar el país en que hoy viven, con la finalidad de hacernos entender que dicho lugar no tiene nada que ver con el país que alguna vez el investigador conoció y en el cual vivió hasta junio de 2017, previo a su emigración. De hecho, en términos generales, cuando se habla con personas que permanecen en Venezuela y se enteran de que su interlocutor ya no reside en el país, el trato cambia rotundamente, puesto que encaran al otro como un foráneo. Esto no se debe a que los migrantes inmóviles piensen que a pesar del poco tiempo que el migrante móvil lleva residiendo en el lugar de destino este haya adaptado de lleno unos nuevos modos de vida y tradiciones. Dicha actitud es el resultado de un esfuerzo por señalar que, a pesar de haber compartido un lugar común, de haber convivido durante años en un mismo espacio social y de identificarse bajo un mismo gentilicio, ya no se pertenece a la misma comunidad imaginada, puesto que ya no se comparten los mismos referentes del lugar de procedencia, en tanto que no se tiene en común la experiencia de vivir los tiempos de crisis y lo que ello im-

plica. Se asume, pues, que los imaginarios de quienes se han marchado son imaginarios de un pasado cristalizado y que, por tanto, responden a recuerdos de experiencias lejanas; a diferencia de lo que ocurre para los migrantes inmóviles, quienes experimentan las continuas transformaciones del lugar, sufren sus cambios y reconocen los nuevos referentes con los cuales se identifican —o no—. Y, como consecuencia, la idea del lugar de origen deja de ser compartida. No vivir en Venezuela imposibilita comprender cómo son realmente las renovadas rutinas de quienes allí están —y por extensión, los procesos de desterritorialización y reterritorialización que experimentan—, porque sus cotidianidades, sus contingencias y sus estrategias de adaptación son tan complejas que, aun explicándolas, difícilmente se podrían entender, y mucho menos comprender las consecuencias que esto acarrea en los procesos identitarios.

Es por ello que los informantes comentan tener que realizar preámbulos para contextualizar sus experiencias de vida cuando hablan con alguien que está fuera de Venezuela, o expresan sentirse *outsiders* de grupos de amigos cuyos miembros han emigrado. Señalar las radicales diferencias entre el migrante inmóvil y el móvil surge de la necesidad de advertir que el país que conoció quien se ha marchado irremediamente ha cambiado; aunque también sucede para el migrante inmóvil, puesto que los imaginarios que se construyen sobre la ciudad vivida quedan desactualizados constantemente por la realidad que transmuta debido al conflicto, lo que provoca cambios en las formas de relación entre los sujetos con el entorno. Esto podría indicar que quien permanece en Venezuela también posee imaginarios en que el «espacio vivido» no siempre están en sincronía con los «espacios percibidos y concebidos» (Lefebvre, 2013).

Ahora bien, cuando ocurre este rechazo hacia lo urbano, se generan como consecuencia la reclusión en el hogar de los migrantes inmóviles y la incapacidad de adaptar sus imaginarios urbanos dada la velocidad de las contingencias. La relación de los informantes con el entorno empieza a ser distante, tal como antes hemos mencionado que sucedía con las temporalidades. Dicho esto, veamos lo que nos indica nuestra informante Verónica:

Entonces hay una gran extrañeza con lo que está afuera de la puerta de tu casa porque no es volver a lugares a los que dejé de ir, es volver a reconocer lugares y pensar: «¿Cómo es posible que esto sea así ahora?». Y no es normal que las cosas cambien tan rápido y se deterioren tan rápido, no es normal que la gente deje de estar así tan rápidamente (Verónica, 2018-1).

Es decir, la «extrañeza» para el migrante inmóvil tiene lugar en ambas dimensiones: temporal y espacial. Esto se debe a que los lugares de vida colectiva empiezan a resultar ajenos, desiguales y alteran las rutinas, lo que nos permite señalar la desterritorialización que los informantes experimentan. Entonces, como hemos dicho anteriormente, si logramos pensar la desterritorialización sin el abandono físico del lugar, estaríamos haciendo referencia a la transformación simbólica del lugar y de los sistemas sociales que lo solían normativizar. Al mismo tiempo que hacemos referencia a la permanencia de sujetos sociales que, a pesar de estar localizados en un lugar en el mundo, no se sienten partícipes de este. Estamos hablando de seres humanos que, a pesar de ejercer «formas de pertenecer», no asumen en concordancia «formas de ser» (Levitt y Glick-Schiller, 2004), lo que en otras palabras quiere decir que los migrantes inmóviles pueden sufrir la pérdida de referentes culturales relacionados con el espacio donde se materializan sus prácticas cotidianas.

6. Adaptación y resistencia en la migración inmóvil

Para cerrar con el análisis de nuestra investigación, hemos querido aproximarnos a los posibles focos de resistencias frente a la migración inmóvil y a cómo estas iniciativas pueden cambiar las actitudes con las que se enfrentan los contextos de crisis.

El antropólogo Daniel Knight (2019), en su trabajo etnográfico sobre la crisis económica en Grecia, denominó con el término «austeridad estructural» las condiciones precarias a las que la población fue sometida durante más de ocho años, expandiendo una sensación de agotamiento en todas las generaciones y en todo el territorio. Tanto adultos mayores como jóvenes mantenían una actitud de rechazo hacia un futuro poco

prometedor como consecuencia de su cansancio frente a una realidad que no parecía mejorar. En este sentido, hablar de las contingencias amenazadoras en la migración inmóvil como parte de los retos cotidianos que deben enfrentar quienes permanecen en Venezuela es hacer referencia a unas condiciones de vida que durante más de siete años ha tenido que enfrentar la población ininterrumpidamente y sin solución aparente, a pesar de los múltiples acontecimientos sociales y confrontaciones políticas. Algunos de los testimonios que así lo demuestran:

Es un país en emergencia, pero sin salvamento. Es que no hay para salvar a nadie, te tienes que salvar a ti mismo (Carmen, 2020-2).

No hay un ente que te respalde, que te advierta que pueda ofrecerte protegerte ante los acontecimientos, pero bueno..., cosas que pasan y que no podemos controlar (Verónica, 2020-2).

Sabemos que seguirán las tragedias, pero no tenemos cómo contenerlas, como tampoco tenemos a quién reclamarle (Mario, 2020-2).

Estas narraciones de nuestros informantes son parte de las muchas reclamaciones frente a su condición de migrantes inmóviles, en donde se refleja el «agotamiento estructural» que supone la vida en Venezuela, al mismo tiempo que este agotamiento está promovido por (1) la desesperanza de que los tiempos de crisis se transformen nuevamente en tiempos de normalidad y (2) por la pérdida de confianza en las clases políticas que ejercen el poder o que buscan ejercerlo.

Así pues, esta negativa de esperar cambios estructurales ha supuesto un cambio en las perspectivas y estrategias de resistencias en los migrantes inmóviles, ya que las personas tienen una visión mucho más pragmática frente a sus necesidades y de los nuevos mecanismos que deberán poner en práctica para satisfacerlas. En otras palabras, estas nuevas actitudes resultan más una intención premeditada de forjar otras nuevas normalidades desde la gestión individual o familiar y, en algunos casos, vecinal, partiendo de actos de adaptación a la contingencia, donde se asumen funciones individuales, acciones autogestionadas en la medida de sus posibilidades.

Ahora bien, este punto es interesante porque, a pesar de que no exista la posibilidad de acciones en el presente que garanticen al migrante inmóvil la anticipación del futuro, sí existen unas expectativas orientadas al porvenir que reflejan nuevas actitudes de «emancipación». Con esta categoría buscamos identificar el nuevo orden con el que se pretende inquirir una mayor autonomía frente a las figuras de autoridad (en este caso representada por el Estado nacional) y que permite un cierto empoderamiento de las personas —a nivel individual o colectivo— que hasta entonces habían estado subordinadas, ya sea simbólica y/o materialmente. Así pues, consideramos que esta transformación de las actitudes referidas en las narraciones de nuestros informantes visibiliza un viraje hacia su emancipación como punto de quiebre de las «potencialidades derrotadas» (Knight, 2019).

Si en algo hemos intentado hacer hincapié en este trabajo es en el gran esfuerzo que debe realizar el migrante inmóvil para lograr obtener recursos suficientes para garantizar satisfacer sus necesidades básicas. Adicionalmente, destacamos que los migrantes inmóviles buscan desarrollar iniciativas para anteponerse a las carencias donde la premisa es depender cada vez menos del Estado, puesto que se tienen como garantía su ineficiencia y la destrucción de los servicios bajo su potestad (electricidad, aguas servidas, gasolina, sanidad, movilidad, comunicaciones y telefonía, alimentación y seguridad, entre muchas otras). De manera consecuente con la desarticulación de los servicios por parte del Estado, la migración inmóvil se organiza en diferentes niveles (familiares, vecinales y, en algunos casos, comunales) para satisfacer sus múltiples necesidades. Por ejemplo: se compran generadores eléctricos, se contratan servicios de camiones cisterna regularmente para acceder al agua, se buscan alternativas para gestionar los residuos sólidos y, en algunos casos, se queman, se intentan adquirir medicamentos desde el exterior, se crean cooperativas vecinales para salvaguardar su seguridad, se contrata internet satelital, y se convocan ayudas económicas a través de GoFondMe para enfrentar gastos médicos, entre otras iniciativas. Con estas acciones concretas, se busca asumir la responsabilidad de servicios básicos y otros requerimientos como una forma de renunciar al control del poder polí-

tico y, así, consolidar su nivel de emancipación, que, al mismo tiempo, reduce la incertidumbre de tener o no tener (aleatoriamente) la garantía de un servicio necesario en las rutinas.

Estos ejemplos de iniciativas que se orientan a la creación de una comunidad autogestionada en paralelo a un Estado fallido, puede observarse, a diferentes niveles, que claramente se distingue la capacidad de agencia a partir de las posibilidades económicas que se tengan. Dicho esto, mitigar la ineficiencia del Estado asumiendo la responsabilidad individualmente no solo promueve la autoexplotación, sino que significa la renuncia sistemática a la lucha de ocupar escenarios centrales, mientras se disminuye el coste político de quienes dan continuidad a la crisis y se aumenta el coste social.

7. Conclusiones

A través del análisis etnográfico hemos observado cómo la diáspora y los contextos de crisis atraviesan a los migrantes móviles, haciéndolos experimentar complejas transformaciones en tiempo y espacio.

En tiempo, porque el flujo humano que va y viene —pero que sobre todo se va— obliga a quienes permanecen a reconfigurar constantemente sus redes sociales, al mismo tiempo en que los tiempos de crisis imponen rutinas y cotidianidades marcadas por las contingencias amenazadoras, cuyos esfuerzos para solventarlas, junto con condiciones económicas adversas y tiempos políticos de gran conflictividad, influyen sobremanera en una lectura de las construcciones sociales de sus realidades como «extrañas y poco familiares».

Algo similar ocurre en relación con el espacio. Cuando los informantes reflexionan sobre sus rutinas diarias, reconocen que sus vidas se encuentran enmarcadas por los límites del espacio íntimo y privado, puesto que el espacio público es reconocido como «extraño» a causa de la desterritorialización experimentada por la toma de conciencia de la ausencia de las relaciones sociales anteriormente localizadas y que hoy son transnacionales. Adicionalmente, la permanencia de los informantes en sus hogares también responde al esfuerzo invertido por mitigar las contingencias amenazadoras, situación que resta un tiempo de ocio y descanso, motivo

por el cual destacamos una progresiva desposesión del «derecho a la ciudad».

Ahora bien, a pesar de estos complejos y agresivos cambios que observamos en las rupturas de las cotidianidades y lo que suponen en la vida de los informantes las contingencias amenazadoras, nos permiten ver que, cuanto más fatalista se proyecta el futuro, es cuando —contra todo pronóstico— pueden surgir visiones emancipatorias de un futuro esperanzador. Con ello podemos decir que los cambios de actitudes emancipan y permiten un mayor rango de agencia en los migrantes inmóviles en función de nuevas estrategias de subsistencia, las cuales pueden ser familiares y/o comunitarias. Sin embargo, preocupa también que estas iniciativas mitiguen la responsabilidad que tiene el Estado de atender estas problemáticas, promuevan la autoexplotación y profundicen la desigualdad, ya que solo aquellos que tengan más recursos serán quienes tengan mayor capacidad de prescindir de los servicios ineficientes del Estado.

Dicho esto, esperamos haber contribuido con un registro antropológico sobre los procesos migratorios y de la vida acontecida en tiempos de crisis. Nuestra voluntad es que esta propuesta analítica sirva como ejercicio de abstracción para reconocer que la experiencia de migrar es un hecho complejo y multifactorial, bajo el propósito ulterior de desmitificar y contradecir la idea del «no migrante» como aquel individuo dejado atrás, descorporizado, pasivo, anónimo y dependiente del que se ha movido. Por el contrario, consideramos que hemos podido demostrar que quienes permanecen en Venezuela están inmersos en dinámicas tan complejas como quienes emigran a otros destinos, ya que, en esta decisión, o en esta inmovilidad involuntaria, también hay retos, proyectos, aspiraciones y estrategias para alcanzar objetivos de vida como parte de un incansable esfuerzo de decidir ser felices.

8. Bibliografía

- ACNUR (2019). «Refugiados y migrantes de Venezuela superan los cuatro millones: ACNUR y OIM». Disponible en: <<https://bit.ly/3kqU9ln>> (consultado: 2-2-2020).
- BLANCO, C. (2000). *Las migraciones contemporáneas*. Madrid: Alianza.
- BRYANT, R. (2016). «On critical times: return, repetition, and the uncanny present». *History and Anthropology*, 27 (1), 19-31.
- (2019a). Chapter 1: Anticipation. En R. BRYANT y D. KNIGHT. *The Anthropology of the Future* (pp. 21-48). UK: Cambridge University Press.
- (2019b). Chapter 2: Expectation. En R. BRYANT y d. KNIGHT. *The Anthropology of the Future* (pp. 49-77). UK: Cambridge University Press. 49-77.
- CAÍÑ, J., FOLGUERA, L. y FORMOSO, C. (2014). *Investigación cualitativa longitudinal*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- CARPIO, H. (2019). «Las horas oscuras.» Consultado el 27/09/2019. Prodivinci. Disponible en: <<https://bit.ly/2TqjPme>>
- GARCÍA, J. L. (1976). *Antropología del territorio*. Madrid: Taller de Ediciones Josefina Betancor.
- GLICK SCHILLER, N. y SALAZAR, N. (2013). «Regimes of mobility across the globe». *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 39 (2), 183-200.
- HANNAM, K., SHELLER, M. y URRY, J. (2006). «Mobilities, Immobilities and Moorings». *Mobilities*, 1 (1), 1-22.
- KNIGHT, D. (2019). «Chapter 5: Hope». En R. BRYANT y D. KNIGHT. *The Anthropology of the Future* (pp. 131-157). UK: Cambridge University Press.
- LEFEBVRE, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- LEVITT, P. y GLICK SCHILLER, N. (2004). «Perspectivas internacionales sobre la migración: conceptualizar la simultaneidad». *Migración y desarrollo*, 3, 60-91.
- MATA-CODESAL, M. (2016). *(In)movilidades en un pueblo del centro de México*. Cuernavaca: UNAM.
- MERENSON, S. (2015). «Del “exilio” a la “diáspora”. Lenguajes y mediaciones en el proceso de diaporización uruguayo». *Horizontes Antropológicos*, 43, 211-238.

- MORA, C. (2008). «Globalización, género y migraciones». *Revista Latinoamericana POLIS*, 20, 1-20.
- R4V (s. f.). «Plataforma de Coordinación de Refugiados y Migrantes de Venezuela». Disponible en: <<https://bit.ly/3ovclfY>> (consultado: 26-10-2020).
- ROJAS, I. y SALOMÓN, L. (2019). «Bachelet en Venezuela: hablan los especialistas en Derechos Humanos. Prodavinci». Disponible en: <<https://bit.ly/2HH4dbE>> (consultado: 11-11-2019).
- SASSONE, S. (2015). «Transnacionalismo, migración y territorios: aportes para la construcción de un modelo explicativo». En J. GARCÍA, A. MEJÍAS y J. ORTEGA (eds.). *Actas del VII Congreso sobre Migraciones Internacionales en España*. S20/153-S20/163.
- SUÁREZ, L. (2008). «Lo transnacional y su aplicación a los estudios migratorios. Algunas consideraciones epistemológicas». En E. SANTAMARINA (ed.). *Retos epistemológicos de las migraciones transnacionales* (pp. 55-79). Rubí: Anthropos.
- VISACOVSKI, S. (2019). «Futuros en el presente. Los estudios antropológicos de las situaciones de incertidumbre y esperanza». *Revista Publicar*, 26, 6-25.
- VOA NOTICIAS (2019). «Venezuela: inflación acumulada es de 2.674% en lo que va de 2019». Disponible en: <<https://bit.ly/3kxcPA5>> (consultado: 11-12-2019).